CECILIA RIKAP

TEXTO:
JORDI SÁNCHEZ NAVAS
FOTOGRAFÍA:
CONI ROSMAN Y LUCIANA ROLÓN

“Todos somos parte del capitalismo digital, pero las decisiones y las producciones tecnológicas no son democráticas”



En *Teoría de la dependencia digital* (Caja Negra, 2026), la profesora e investigadora Cecilia Rikap explica de forma pedagógica qué es la inteligencia artificial y cómo opera. Escrito con el propósito de que pueda leerlo cualquier persona interesada en entender el mundo actual, el libro está pensado para adultos preocupados por la tecnología, pero también por la insuficiencia de nuestras democracias, las desigualdades y la crisis ecológica. El objetivo es ofrecerles herramientas para comprender cómo funciona la economía digital y, en términos más generales, el capitalismo contemporáneo.

¿Le parece bien que grabe esta entrevista y la transcriba con IA? Me parece bien. Así le queda más tiempo para leer, para pensar y para su vida personal. Hay que encontrar qué tipo de modelos de inteligencia artificial son útiles para tareas específicas. Uno que transcribe lo es. Pero el modelo de IA generativa que se nos impone intenta reemplazar no solo las tareas rutinarias, que son una pérdida de tiempo, sino también un montón de capacidades creativas y las partes lindas de nuestros trabajos.

En su libro explica la IA como una “torta” o “bocadillo” que combina datos, algoritmos e infraestructura digital. ¿Cómo se digiere eso? Con trabajo. Cualquier proceso productivo necesita trabajo: detrás de los semiconductores, de la construcción de los centros de datos y del desarrollo de los modelos hay científicos, ingenieros y equipos de cientos de personas.

También hay trabajo detrás de las bases de datos. La mayoría de los datos han sido creados por seres humanos y, aun cuando proceden de máquinas o de mediciones climáticas, alguien debe ordenarlos y prepararlos. Antes era fundamental etiquetar y clasificar esos datos; ahora también hay personas que interactúan con los modelos durante su entrenamiento, les asignan tareas y juzgan la calidad de sus respuestas. La inteligencia artificial no funciona sola: se sostiene sobre distintas formas de trabajo humano.

> “La inteligencia artificial no funciona sola: se sostiene sobre distintas formas de trabajo humano”

Si los algoritmos predicen, pero no razonan ni sienten, ¿quién les imprime su intención y dónde reside el peligro? El trabajo que produce la inteligencia artificial no se organiza de manera cooperativa o autónoma, sino de acuerdo con los intereses de las empresas que controlan sus cadenas de valor. No todas las compañías tienen el mismo poder: las decisiones fundamentales las toman quienes dominan los eslabones críticos.

Hoy, ese poder se concentra en las gigantes de la nube y en las empresas que desarrollan modelos con su financiación, como OpenAI, Anthropic, Mistral AI y SpaceXAI, la empresa de Elon Musk. Quien pone el dinero influye en las decisiones. Esas grandes tecnológicas determinan qué preguntas se consideran relevantes, por qué se construyen modelos cada vez mayores y hacia dónde se dirige el cambio tecnológico. Además, se apropian del conocimiento producido por universidades, organismos públicos y miles de instituciones para monetizarlo.

Algunos empleados del sector advierten que las tecnológicas están “apostando con nuestras vidas”. ¿Debemos creernos esa narrativa sobre los riesgos existenciales de la IA? Estas empresas no solo controlan conocimiento, datos e infraestructura, también producen las narrativas con las que entendemos la inteligencia artificial. El discurso del miedo presenta la tecnología como algo casi autónomo, capaz de escapar al control de sus creadores. Así se desplaza la responsabilidad: el peligro parece residir en el modelo y no en las personas y empresas que decidieron producirlo, entrenarlo con determinados datos y darle ciertos objetivos.

Además, hablar de amenazas futuras e imposibles de medir oculta las realidades presentes: el impacto ecológico de los centros de datos, el deterioro de las condiciones de vida de las comu- ▶

Panóptico digital
telos 130 | 11_2026

nidades cercanas, la sustitución de las capacidades creativas, la vigilancia laboral, el uso militar de la IA, la manipulación mediante redes sociales y *deepfakes*, y la falta de mecanismos claros de responsabilidad cuando estas tecnologías fallan.

La pregunta no es si una IA puede utilizarse para desarrollar un arma biológica o realizar un ataque informático. La pregunta es quién decidió construir modelos generalistas, reutilizables para casi cualquier propósito, en lugar de tecnologías específicas, con menores necesidades de energía y recursos. A nadie se le ocurriría agarrar un algoritmo que se utiliza para identificar un pago fraudulento o pedir una recomendación y decirle: "Hazme un arma automática o hazme un arma biológica".

Si los datos son la materia prima y los modelos representan los medios de producción, ¿quién constituye la fuerza de trabajo? En última instancia, todas las personas. Participamos mediante nuestros datos y el conocimiento que producimos. Algunas lo hacen de manera más directa, desde empresas, universidades u organismos públicos integrados en los ecosistemas de las grandes tecnológicas.

Se ha creado una organización productiva con un centro estable —las propias grandes compañías— y una periferia turbulenta que asume los riesgos y soporta las peores condiciones laborales. Si el valor, los datos y el conocimiento se generan colectivamente, debemos preguntarnos por qué las ganancias no se distribuyen de la misma manera y por qué unas pocas empresas deciden qué tecnologías se producen. Todos somos parte del capitalismo digital, pero las decisiones y las producciones no son democráticas.

> **"Hoy puede haber fuga de cerebros sin que la persona abandone físicamente su país: las tecnologías digitales permiten trabajar a distancia para empresas del centro"**

¿Cómo afecta a América Latina la fuga de talento hacia los centros de poder tecnológico? Los jóvenes no abrazan voluntariamente la precarización; muchas veces es lo único que encuentran. Además, hoy puede haber fuga de cerebros sin que la persona abandone físicamente su país: las tecnologías digitales permiten trabajar a distancia para empresas del centro.

Esas personas pueden estar precarizadas respecto de sus colegas de los países centrales, aunque dentro de sus propios países formen parte de los sectores privilegiados. Esto profundiza las desigualdades. El cerebro y el valor producido se orientan hacia el exterior, mientras el cuerpo y el consumo permanecen en el territorio local.

La formación de ese talento suele financiarse con recursos públicos, pero sus frutos no benefician al país. La culpa no es de los individuos. Las universidades y los organismos públicos también han sido transformados por una lógica que mide la utilidad del conocimiento según el interés empresarial. Así se profundiza el extractivismo del conocimiento.

En Argentina, antes decíamos que exportábamos cuero e importábamos zapatos. Hoy contribuimos a la producción de *zapatos* —el conocimiento de frontera— pero no recibimos la remuneración correspondiente y, además, terminamos importando ese *zapato* ya terminado. Por tanto, ese conocimiento no se traduce en desarrollo para los países que lo financiaron y produjeron.

Se afirma que la IA disparará la productividad. ¿Es otra simplificación para vender la idea de un progreso inevitable? Primero hay que precisar de qué productividad hablamos. Una persona puede sentir que termina una tarea más rápido gracias a la IA, pero eso no significa que aumente la productividad de toda la economía.

Si un equipo escribe código en la mitad de tiempo, pero la demanda no se duplica, la empresa puede necesitar la mitad de trabajadores. Como su objetivo es obtener ganancias, no tiene razones para mantener el mismo empleo. Quienes son despedidos, o los graduados a los que ya no contrata, terminan en sectores más informales. Así, aumentan la polarización y la segmentación laboral.

Sí puede haber crecimiento económico porque se invierte más en centros de datos y en adoptar estas herramientas, pero gastar más no equivale a producir lo mismo en menos tiempo. Muchas organizaciones compran modelos de IA por miedo a quedarse atrás, sin saber si realmente aumentará su productividad. Quienes con seguridad se benefician son las pocas compañías que venden la tecnología.

¿Las llamadas "cajas negras" de la IA constituyen una forma encubierta de monopolio? Existe un proceso de dependencia o *lock-in*: nos acostumbramos a una tecnología y después resulta difícil abandonarla. Sin embargo, el principal cuello de botella no está necesariamente en los modelos, porque hoy puedo preguntar algo a Claude, mañana a ChatGPT y después a Mistral.

El control más profundo está en la nube, donde confluyen la infraestructura, los datos y los servicios necesarios para producir cualquier solución digital. Una organización que desarrolla su *software* dentro de un ecosistema concreto empieza a utilizar numerosos servicios cerrados que no tienen equivalentes exactos en otras nubes. Así queda atrapada. Ese *supermercado* tecnológico está dominado por Amazon, Microsoft y Google.

¿Tendría sentido crear una institución internacional para la gobernanza digital, comparable a la Agencia Internacional de Energía Atómica? Sí, pero la pregunta decisiva es quién se sentaría a tomar las decisiones. Hoy en día los gobiernos invitan a los directivos de las tecnológicas a definir la regulación de la IA, pero eso es como pedirle a los fabricantes de armas que decidan cómo regular su uso: propondrían una regulación que responsabilice a los usuarios, pero no a quienes las fabrican y las venden.

La economista argentina, estudiosa y férrea defensora de la soberanía digital, ha asesorado en esta materia a gobiernos como el de Lula da Silva.

Necesitamos una regulación internacional, no solo de los modelos, sino también de las condiciones sociales y medioambientales en las que se instalan los centros de datos. También habría que prohibir ciertos usos de la IA en el trabajo, las redes sociales y otros espacios.

¿Por qué la inversión pública en digitalización puede terminar reforzando la dependencia? Porque existen intermediarios y cómplices locales. La teoría de la dependencia ya señalaba el papel de aquellas empresas, organizaciones y grupos políticos que deberían contribuir al desarrollo pero que terminan reforzando la subordinación.

No se trata de que las gigantes estadounidenses sean las únicas responsables y el resto seamos buenos. Hay empresas y actores políticos locales que se benefician de los contratos públicos mientras introducen tecnologías dependientes de Amazon, Microsoft o Google.

Tampoco debemos confundir soberanía con tecnonacionalismo. Que una empresa sea española, o que un centro de datos esté instalado en España, no garantiza la soberanía. Si se reproducen las ▶





mismas prácticas, se crean monopolios intelectuales y se continúa dependiendo de tecnología estadounidense, la estructura de poder no cambia.

Usted describe los centros de datos como "esponjas gigantes" que consumen agua y energía, pero apenas generan empleo. ¿Estamos ante unas nuevas *venas abiertas* para América Latina? Durante mucho tiempo se habló de lo digital como si únicamente fueran datos. Pero los modelos y los datos necesitan procesarse y almacenarse en infraestructuras físicas. Con el auge de la IA, los gigantes de la nube, que requieren cada vez más agua y electricidad, están expandiendo sus centros de datos por países como Brasil, México, Chile o España.

Estos centros necesitan un suministro eléctrico constante, que no puede cubrirse siempre con fuentes renovables. Por eso están retrasando la transición energética y prolongando el uso de combustibles fósiles.

Por otra parte, los gobiernos, de derecha y progresistas, celebran su instalación. Como si tener un centro de datos dentro del territorio implicase mayor soberanía. En realidad, puede tratarse de otra forma de extractivismo de recursos naturales, comparable a la minería o a la extracción histórica de materias primas. Además, esa infraestructura permite luego continuar con el extractivismo de datos y conocimiento. Por eso hablo de un "extractivismo gemelo".

¿Qué lugar ocupa Europa en esta nueva geopolítica digital? China se convirtió en uno de los centros del capitalismo mundial gracias, en buena medida, a sus capacidades digitales. Europa, en cambio, se encamina hacia una posición periférica o semiperiférica.

Y no es que Europa no produzca valor, conocimiento o datos. Sus investigadores públicos y sus empresas contribuyen de manera fundamental al desarrollo de estas tecnologías. El problema es que se insertan en eslabones subordinados: crean valor, pero ese valor alimenta la acumulación de unas pocas compañías, sobre todo estadounidenses.

Además, aunque algunas de sus normas son las que más se han acercado a una regulación adecuada, Europa no ha regulado demasiado y ha regulado mal. Falta un proyecto coherente. Se intenta combinar crecimiento económico irrestricto y competitividad con bienestar social y soberanía digital y dar respuesta a la crisis ecológica. Esos objetivos son incompatibles bajo las condiciones actuales. Europa se enfrenta a un verdadero trilema y debe establecer prioridades.

¿La IA implica también vigilancia, control laboral, tecnología militar y coerción? Claramente. Los departamentos de inteligencia, los ejércitos y los ministerios de Defensa abrazan estas tecnologías porque les permiten controlar de manera más efectiva a la población. Lo vemos tanto en China como ahora en Estados Unidos, con el uso de tecnología por parte del ICE.

Debemos discutir si esa es la forma en que queremos que nos gobiernen. Los Estados no actúan automáticamente a favor de las mayorías, ni siquiera cuando están dirigidos por fuerzas progresistas. Se necesita organización ciudadana y responsables políticos dispuestos a realizar las transformaciones necesarias.

También debemos preguntarnos si realmente necesitamos crecer indefinidamente en todos los sectores. Si se duplica la publicidad personalizada, la producción de armas o el consumo de combustibles fósiles, habrá crecimiento económico, pero no necesariamente viviremos mejor. Hay que abandonar la discusión abstracta sobre crecer o decrecer y preguntarnos para qué producimos.

¿Existen alternativas concretas al dominio de las grandes tecnológicas? Claro que existen. No siempre hace falta una inversión multimillonaria ni utilizar el último modelo. Debemos preguntarnos qué significa que una tecnología sea "avanzada" y si no sería preferible contar con herramientas específicas para resolver cada problema.

Hay medios públicos que desarrollan sistemas de comunicación distintos de las plataformas adictivas. En Suiza existe una plataforma en la nube llamada Servala que apuesta por el *software* libre, la gobernanza democrática y requiere al menos dos proveedores para cada servicio. En América Latina, empresas públicas como Antel (Uruguay), Arsat (Argentina) o Petrobras (Brasil) tienen sus propias infraestructuras, centros de datos, supercomputadoras y capacidades de desarrollo tecnológico.

"Se necesitan formas de propiedad intelectual colectiva para que el conocimiento público permanezca en el ámbito público y que su explotación privada implique compartir las ganancias"

No está todo resuelto, pero hay conocimiento y capacidades. Lo que falta es decisión e imaginación política para conectar a las empresas públicas, los investigadores, las comunidades y otras instituciones en consorcios capaces de producir alternativas. Las grandes tecnológicas son las principales apropiadoras del conocimiento, pero no son las únicas que lo producen.

El problema no se reduce a la desigualdad económica y no se resuelve únicamente con impuestos y redistribución. También existe desigualdad política, social y medioambiental. Unas pocas empresas deciden qué tecnologías se producen y cuáles son las preguntas de investigación relevantes. No basta con repartir las ganancias: hay que democratizar el control del ecosistema tecnológico.



En ***Teoría de la dependencia digital. Soberanía y desarrollo en el capitalismo del siglo XXI*** (Caja Negra, 2026), la economista argentina Cecilia Rikap traza el nuevo mapa del poder global, dominado por una economía asimétrica, regida por monopolios intelectuales que tienen la capacidad de controlar el ritmo de la producción, la innovación tecnológica y de apropiarse del conocimiento producido por el resto del planeta.

¿Qué papel juegan la IA y las redes sociales en la pérdida de diversidad y la homogeneización cultural? La inteligencia artificial responde a partir de promedios. Por eso, margina e invisibiliza las diferencias y a las minorías. En las infancias y adolescencias esto se manifiesta, por ejemplo, en la presión para tener el cuerpo perfecto y ajustarse a determinadas normas.

Al mismo tiempo, esa normalización se combina con un control cada vez más personalizado. En el trabajo, las empresas pueden analizar los datos de cada persona, asignarle objetivos individuales y calcular cuánto pueden extraer de ella. En el comercio electrónico, se crean perfiles cada vez más precisos para ofrecer a cada consumidor productos más ajustados a sus preferencias o necesidades.

Por tanto, operan simultáneamente dos formas de control: una nos normaliza y otra se personaliza para extraer de cada individuo el máximo valor posible, como trabajador y como consumidor.

¿Hay motivos para ser optimistas? Sí. Todavía tenemos capacidades cognitivas, conocimiento acumulado y la necesidad política de imaginar soluciones. Las instituciones pueden burocratizarse o quedar capturadas por pequeños grupos, pero la respuesta debe ser diseñar mejores mecanismos de participación, auditoría, rotación y rendición de cuentas.

Las propias tecnologías digitales podrían utilizarse para que quienes gobiernan rindan cuentas con mayor frecuencia y sometan sus decisiones a la aprobación colectiva. Frente a los mecanismos de manipulación de las redes sociales, podemos imaginar una inteligencia artificial al servicio de una gobernanza democrática y de una participación colectiva real.